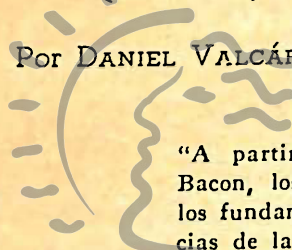


Teoría de la Historia

(ENSAYO)

Por DANIEL VALCÁRCEL



“A partir de las famosas obras de Bacon, los escritos que se ocupan de los fundamentos y métodos de las ciencias de la naturaleza e introducen, de este modo, en el estudio de ellas, han sido redactados en su mayoría por sus propios investigadores..... Pareja necesidad se dejó sentir entre los que se ocupaban de historia.....”.

Dilthey

(Obras Completas, T. I, Lib. I, pp. 11, México, Edt. FCE, 1944).

SUMARIO :

Introducción.— Primera Parte. PROBLEMATICA. I. El Problema. II. Heterognosis y Autognosis. Segunda Parte. ESTRUCTURA DE LA HISTORIA. III. Planteamiento Inicial. IV. Historiografía. 1. Heurística. 2. Narrativa. V. Historiología. 1. Teorética. a) Hermenéutica. b) Principio y Método. c) El "Objeto" Histórico. 2. Metahistoria. 3. Genética. Tercera Parte. MODALIDADES DE LA HISTORIA. VI. Periodificación. VII. Tipo de Historia. a). Por su Base Reconstructiva. b). Por su propósito. c). Por su Ambito. Cuarta Parte. EL HISTORIADOR Y LA CRITICA. VIII. El Historiador. IX. Limitacio-

nes del Historiar. X. Perspectivismo Histórico. XI. Crítica de las Obras Históricas. Quinta Parte. CIENCIAS AUXILIARES DE LA HISTORIA. XII. Cronología y Geografía. XIII. Disciplinas Conexas. Sexta Parte. CONCLUSION Y EPILOGO. XIV. La Historia Como Ciencia Antropológica. XV. A Manera de Epílogo.

INTRODUCCION

Las cuestiones fundamentales de la Historia, que rebasan la problemática tradicional, serán progresivamente aclaradas —como lo enunciaba Dilthey— en la medida que los propios historiadores ensayen solucionarlos discutiendo, además, la totalidad de los problemas orientados hacia un historiar de validez objetiva —finalidad que supone la presencia de un tipo renovado de historiador.

Dos son los intereses principales y complementarios del que penetra en el campo del conocimiento de la Historia : uno, orientado hacia el estudio de los hechos ya realizados —estudio empírico—, aspecto cuyo avasallador predominio se constituyó en planteamiento único; el otro, dirigido al examen de las condiciones previas a los hechos —estudio teórico—, aspecto renovador pero casi ignorado entre nuestros historiadores.

Aparece de inmediato, pues, una marcada diferencia entre el interés empírico y el teórico —distintos pero complementarios. Porque hay fenómenos cognoscibles se hace necesario cernir sus errores yacentes, usando dispositivos adecuados que la ciencia proporciona. Sólo de esta manera puede obtenerse un futuro conocimiento de la vida histórica, es decir un saber dueño de validez objetiva. Tan antiguo propósito genérico del conocimiento científico es aplicable tanto a los fenómenos naturales como a los humanos. El presente ensayo está dedicado al estudio teórico de la Historia, lógico antecedente de su estudio empírico.

Aquí se comienza examinando el aspecto dual de la Ciencia —básicamente una—, para comprender el problema específico de la Historia y su correcta ubicación sistemática. A continuación se hace un análisis de ésta en sus partes componentes, es decir se aborda el tema de su estructura. Con ocasión de dicho análisis, son considerados aspectos conexos

de especial importancia para el historiador y su eficiente actividad. La unidad de la Historia en la variedad de sus modalidades, constituye el siguiente asunto. Complementariamente se estudia al historiador y a la crítica histórica. Concluye el ensayo con una exposición de la Historia como ciencia antropológica, cabe decir como una disciplina funcional al campo genérico del hombre y, también, al de todo posible tipo de conocimiento.

En suma, no trata este ensayo de los hechos humanos empíricamente realizados; su interés está dirigido al estudio de las condiciones que hacen posible el conocimiento de éstos, es decir a las condiciones a priori de la Historia. De aquí su título : *Teoría de la Historia (Ensayo)*. Este planteamiento especulativo, independiente de toda realización concreta, es sin embargo imprescindible para un posterior estudio descriptivo-interpretativo de la vida histórica de pueblos, hombres e instituciones, su obligada propedéutica. (1).



Primera Parte
Biblioteca de Letras
PROBLEMATICA
«Jorge Pacheco Osores»

La parte inicial examina la diferencia existente entre la ciencia natural —y abstracta— o no-antropológica, y la ciencia de lo humano o antropológica, desechando el tradicional exclusivismo de la primera y recalcando la justa importancia actual de la segunda. Ambas constituyen esa totalidad que se llama la Ciencia. Realizada esta previa aclaración, se plantea el problema científico de la Historia —ya aludido.

Muchas de las futuras dificultades tradicionales para explicar determinados aspectos de la Historia, brotan de haberse

(1) Apóyase este ensayo en otros dos breves impresos, corregidos y aumentados : *Sobre la Historia* (Lima, Imp. Lumen, 1949. 38 pp., 19 x 12 cms.) y *La Historia como ciencia antropológica* (Lima, Imp. San Marcos, 1952. Biblioteca "José Faustino Sánchez Carrión", Monografías y Ensayos, I, Pub. por la Universidad Nacional de Trujillo. 39 pp., 24 x 17 cms.).

ignorado la inicial diferencia entre ambos campos genéricos. Una positiva consecuencia de hacer patente tal aspecto, es la de poder explicar con facilidad dificultades aparentemente insolubles. Cabe entonces exponer el problema de la Historia como ciencia específica de lo humano, aunque funcional a todo campo de conocimiento.

I. EL PROBLEMA

Si desde remota antigüedad la Historia propiamente dicha existe como una disciplina independiente, a simple vista parece superfluo y redundante preguntar : ¿qué es la Historia?

Sin embargo, urge responder a esta interrogación cuando se abandona el caótico y vago territorio de la opinión y se penetra en el de un conocimiento dueño de una pretensión objetivamente válida, cabe decir cuando se trata de enunciar y verificar la específica autenticidad de sus afirmaciones.

Esta interrogación acerca de la Historia lleva implícita otra concomitante, que indaga sobre su territorio y límites. Cuestión tan difícil y complicada no puede ser resuelta de inmediato. Lo será progresivamente a través del presente ensayo, conforme se vayan abordando los diferentes temas conexos que conforman su itinerario problemático.

De indirecta manera se comenzará a superar dificultades en el párrafo siguiente, cambiando la perspectiva del planteamiento fundamental y mirando no a la Historia misma sino hacia un panorama más amplio : el de su ubicación genérica. Es un modo de coger un firme hilo conductor para llegar a la aclaración específica, y de este modo elaborar una respuesta final a nuestra interrogación primera.

II. HETEROGNOSIS Y AUTOGNOSIS

Hubo un tiempo en que el concepto de ciencia era sinónimo de estudio orientado hacia el conocimiento de los fenómenos naturales —y aspectos abstractos—; éste comprende hoy, también, el estudio de los fenómenos humanos. Tan justa situación contemporánea permite a la ciencia una efectiva posición universal, a despecho de exclusivismos siempre erróneos.

Cronológicamente, la ciencia se hace patente mediante un interés cognoscitivo aplicado a lo heterogéneo al hombre, al mundo. Claro es que asimismo existió ya una simultánea tendencia autocognoscitiva, poco perceptible aún. Precisamente aquí se encuentra la fuente de donde brotará un futuro conocimiento sistemático de lo homogéneo al hombre, lo específicamente humano o antropológico.

Esta manera de actualización del saber científico en el tiempo, puede explicarse tanto por motivos psicológicos, cuando por una necesidad cotidiana. El hombre antes de una intuición propia —de lo que él es—, posee ya una intuición ajena —de lo que no es él—, del mundo. En consecuencia, desarrolla primero una determinada clase de conocimiento hacia fuera —heterognosis—, al que seguirá un conocimiento hacia dentro —autognosis. Simultáneamente tiene necesidades cotidianas, premiosas exigencias que debe satisfacer con las cosas del mundo. Le es urgente conocer el secreto de los fenómenos naturales para dominarlos y explotarlos en provecho suyo. Sólo cuando esto ha sido predominantemente realizado ya, comienza su interés por el conocimiento de lo específicamente humano. Significa esto, que en la evolución cronológica de nuestra cultura occidental, se va de la heterognosis a la autognosis.

Lo precedente explica porqué en el desarrollo de nuestra cultura, aparece primero una etapa de grandes progresos en el conocimiento de la naturaleza —y de lo abstracto que se muestra con ocasión suya—, como se patentiza por ejemplo en la evolución cultural europea (2).

Hasta el siglo pasado fué tan avasallador el desarrollo de la heterognosis que, prácticamente, monopolizó el uso del concepto *ciencia*. Sin embargo, sus disciplinas —por algunas calificadas como "saber de poderío"— comenzaron a sufrir una crítica fundamental. Se descubrió entonces que la ciencia —en su genuino sentido ecuménico— no había sido agotada. Existía un territorio nuevo y distinto : el de lo humano, campo rico en ahondamientos interiores, susceptible de ser sistematizado. Surgía, de este modo, al lado de la ciencia tradicional otro ámbito genérico : el antropológico —cuyas dis-

(2) ¿En la cultura oriental, inversamente, se va de la autognosis a la heterognosis?

ciplinas principiaron a ser consideradas como "saber de salvación". Y junto al conocimiento no-anropológico —heterogno-
gnosis— sitúase el conocimiento antropológico (3) —autogno-
gnosis—, donde la *exactitud externa* de aquél, queda compensada
con la *exactitud interna* de éste —pleno de aspectos inéditos
que trascienden el ámbito tradicional.

A la diferencia cronológica precedente hay que añadir una diferencia que, en última instancia, proviene del distinto contenido genérico. Las ciencias antropológicas y no-anropológicas utilizan, por su diferente estrato material, un distinto Principio fundamentante y un diverso Método. Mientras las disciplinas no-anropológicas se apoyan en el principio de Causalidad y usan predominantemente los métodos Inductivo y Deductivo; las antropológicas se apoyan en el principio Teleológico y usan predominantemente el método de la Comprensión.

El principio de causalidad permite descubrir *constantes* que determinan la regularidad de los fenómenos y pueden ser enunciadas las leyes mecánicas que los rigen. Su aplicación está limitada a los hechos del mundo externo, fenómenos *ininteriorizables* por ser de naturaleza distinta al hombre y accesibles mediante la heterogno-
gnosis. Su proceso cognoscitivo sigue el derrotero : observar (describir) —experimentar (verificar)— explicar.

En cambio, según el principio teleológico —conocido desde la antigüedad, aunque venido a menos durante el auge del naturalismo— todo fenómeno humano posee una correspondiente finalidad intrínseca, susceptible de ser descubierta por tratarse de fenómenos *interiorizables*, accesibles mediante la autogno-
gnosis, donde pueden también descubrirse *constantes* y

(3) Con el propósito de evitar equívocos, se impone una aclaración previa. Se entiende aquí por *antropológicas* aquellas ciencias cuya materia la genera el hombre como resultado de su actividad, en contraposición a las no-anropológicas, cuyo contenido muestra una distinta génesis. El concepto "antropológico" aparece como uno de los más adecuados para calificar lo específico de las ciencias que se ocupan del hombre, pues las denominadas "ciencias morales y sociales", "ciencias del espíritu" y otras similares despiertan repercusiones que desvirtúan su auténtico sentido. Por otra parte, es necesario recalcar la radical diferencia significativa de los conceptos "antropológico" y "somatológico", conceptos prejuiciosamente usados como sinónimos.

ser enunciadas leyes no-mecánicas. Su proceso sigue el derrotero : observar (describir) —comprender (verificar)— interpretar.

Históricamente, al comenzar su tardío movimiento científico, las disciplinas antropológicas tuvieron la explicable necesidad inicial de utilizar el principio y métodos naturalistas. Posterior crítica señaló entonces lo erróneo de este proceder circunstancial, explicable pero no defendible. Consecuencia de dicha crítica fué una gradual renovación, hasta llegar al uso de un distinto principio y método adecuados a la materia antropológica.

Ahora bien, es pertinente aclarar que la diferencia entre las ciencias no-antropológicas y antropológicas es simplemente metódica. La ciencia es fundamentalmente una dentro de la cultura y constituye parte de su total expresión. El abandono de la unilateralidad naturalista adjudícale auténtica universalidad, de insospechado interés teorético; aunque en la práctica —con distinta función— pueden usarse recíprocamente los elementos teóricos en ambos campos genéricos.

La ciencia tradicional respondería a la fórmula :

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

es decir que su concepto estaba exclusivamente representado por la ciencia natural —y abstracta—; mientras el actual concepto de ciencia se expresa por la fórmula :

$$C = cn (\alpha) + ca$$

cabe decir que se añade la ciencia antropológica —dedicada al estudio de los fenómenos específicamente humanos— a la fórmula precedente, completándose de este modo el restringido planteamiento antiguo.

Segunda Parte

ESTRUCTURA DE LA HISTORIA

Esta constituye la parte básica, donde el planteamiento estructural permite ver la totalidad como algo previo, que supone ya sus diferentes partes. La Historia brota como el resultado de la correlación entre la historiografía y la historiología, partes que tienen un claro sentido complementario.

Aquí se pone al descubierto el error tradicional de tomar la parte por el todo, al usar el concepto "historiografía" como sinónimo de "historia". De paso son examinados el papel de diferentes factores —típicos en el trabajo histórico— desde un ángulo distinto al usado en forma tradicional.

La Historia aparece, pues, como una disciplina unitaria pero compleja, en contraste con un planteamiento tradicional simplista, dueño de afirmaciones contradictorias hechas con criterio cuantitativo y epidérmico.

III. PLANTEAMIENTO INICIAL

La Historia es una disciplina constituida por dos partes recíprocamente complementarios : una descriptiva y otra interpretativa. La primera lleva el nombre de Historiografía; la segunda, el de Historiología.

Esta dicotomía de la Historia brota de su propia naturaleza. Es necesario saber primero cómo acaeció el hecho histórico; después, qué significa, descubrir su sentido.

Si esquemáticamente consideramos a la Historia = H; a la Historiografía = h; y a la Historiología = h' tendremos :

$$H = h + h'$$

A partir de esta fórmula es posible comprender con claridad el manifiesto error de la escuela tradicional, que consistió en tomar la parte por el todo; menos patente en su forma :

$$H = h$$

$$H = h$$

aceptada por quienes reducen la Historia a una simple narración; más ostensible en su forma :

$$H = h'$$

tendencia equívoca proveniente, por lo común, de los campos filosófico y literario.

Tomando como trampolín la actividad específica del historiador nótase, pues, que toda historia integral se cumple a través de dos ineludibles momentos : el historiográfico o descriptivo y el historiológico o interpretativo. Conocer un acontecimiento supone narrarlo previamente y luego desentrañar su sentido, interpretarlo. La historiografía y la historiología representan, en consecuencia, momentos necesarios para conocer la Historia. Parafraseando a Kant, puede afirmarse : toda historiografía sin una historiología es ciega y toda historiología sin una historiografía es vacía. La Historia aparece como el producto de su mutua e indisoluble correlación, de un recíproco complemento.

Puede dibujarse la perspectiva total de la Historia, mediante el siguiente cuadro metódico :



IV. HISTORIOGRAFIA

La Historiografía es la parte de la Historia que permite reconstruir en la medida de lo posible la forma en que los acontecimientos fueron realizados. Fundamentalmente se in-

teresa por el cómo de lo acaecido. Representa la *conditio sine qua non* de la Historia. Es pues una etapa previa, que enuncia lo más urgente pero no lo más importante de ésta, porque sin documentos no es posible la Historia aunque sólo con ellos todavía ésta vivirá en estado latente.

Desde que la Historia tiene una presencia cultural —como disciplina independiente—, la Historiografía es una parte dominante y destacada a punto tal que ha sido y es corriente confundir a la Historia con la Historiografía. Como se ha visto en el precedente planteamiento, la fórmula $H = h + h'$ destierra cualquier equívoco.

Un examen analítico de la Historiografía permite descubrir, a su vez sus partes componentes : 1) heurística y 2) narrativa o descriptiva.

La primera esta dedicada a la enunciación de los elementos o "fuentes" sobre las que se apoyará una futura demostración de los hechos; la segunda, destinada a la narración coherente de tales hechos, mediante su recomposición orgánica (4).

1. Heurística

La Heurística se ocupa del problema previo concerniente a la autenticidad y ordenación de las "fuentes" o elementos con cuya ocasión brotará un futuro y auténtico saber histórico. Constituyen éstos un material de conocimiento mediato, gracial al cual el historiógrafo podrá realizar su posterior trabajo reconstructivo.

En general se aceptan tres tipos de fuentes : 1) documentales, 2) monumentales y 3) orales. Las documentales tienen decisiva importancia y están unidas a la aparición y vigencia de la escritura —factor importante en la tarea de historiar. Las monumentales son un complemento permanente para el historiador y corresponden propiamente al arqueólogo —especialista artificialmente separado del historiador, cuando en verdad entre ambos existe una simple diferencia metódica. Las orales complementan a las anteriores y constituyen una inestimable contribución para el etnólogo. Las

(4) Necesario es anotar que una funcional hermenéutica se aplica ya en el momento inicial del trabajo historiográfico. (v. cap. V : *Historiología*).

dos primeras poseen una representación objetiva propia, mientras la última también se relaciona con la existencia de personas portadoras de noticias —hecho que le añade un inefable matiz.

Analíticamente, la Heurística muestra tres momentos principales : 1) acumulativo, 2) crítico —externo e interno—, y 3) jerárquico.

1) El momento acumulativo o de seriación permite reunir y ordenar las fuentes o elementos que serán utilizados en el trabajo histórico. Por su índole pueden ser éditas e inéditas. La recopilación cuantitativa —con pretensión exhaustiva— se hace preferentemente en forma cronológica por la facilidad de su ordenamiento y manejo; sobre esta base efectúanse nuevas ordenaciones complementarias según el tema, también por el autor, y, en forma más analítica, tomando otros aspectos menores anexos. La Bibliografía tiene un papel decisivo en esta etapa.

2) Cumplido el momento acumulativo, sigue el momento crítico, determinante para certificar la autenticidad de las fuentes. La crítica se divide metódicamente en externa e interna. La crítica externa examina la cronología genética, la época en que la fuente se originó, apoyado en un reconocimiento del elemento material e indicaciones directas o indirectas; precisa geográficamente el lugar de origen; busca la determinación del autor; y verifica la legitimidad, tanto por el análisis material cuanto por la filología y sus recíprocas relaciones con otras fuentes. La crítica interna, también denominada de veracidad, trata de indagar si el autor podía decir la verdad, si quería manifestarla y utiliza el cotejo con fuentes análogas.

3) Este proceso heurístico culmina con el momento jerárquico, donde las fuentes reunidas y criticadas se ordenan valorativamente, atendiendo a su importancia histórica. La ordenación objetiva de los elementos utilizables en el trabajo histórico, permite su adecuado aprovechamiento y la solución de problemas referentes a la prioridad de utilización ante determinadas situaciones oscuras, donde la simple lógica y el cotejo textual resultan insuficientes.

En general, este proceso de reunir, criticar y ordenar las fuentes constituye la inicial etapa heurística. Si el trabajo histórico se empieza eludiendo dicho estadio previo, aparece un historiar de un signo negativo, cabe decir que la tarea del historiador carece de respaldo objetivo. La Heurística representa el pórtico de la Historia pero —hay que recalcar— no es todavía la Historia sino su propedéutica. Porque la Historia no es la adición mecánica de trozos aportados por las diferentes fuentes; es la recomposición crítica y orgánica de un suceso que se realizó de una intransferible manera, suceso que el historiador pretende revivir en plenitud.

2. Narrativa

Los documentos son materiales para la Historia, pero que —insistimos— en sí mismos no representan todavía a ésta (5). Constituyen afirmaciones cuyo sentido se descubrirá a través del trabajo histórico posterior de reconstrucción testimonial. Con ocasión de una pluralidad documental se recompondrá la primitiva unidad singular del hecho acaecido, realizado de una sola manera, a la que el historiador —repetimos— pretende acercarse en forma absoluta.

Aquí el punto de vista es objetivo, porque se pone entre paréntesis las perspectivas anacrónicas provenientes de la época desde donde se contempla la vida histórica. Esta posibilidad reconstructiva es lo que diferencia específicamente al historiador del que no lo es. La vida cotidiana tiene una acción destructiva inmensa. Cuando por el transcurrir del tiempo desaparecen multitud de testimonios, todavía es posible al historiador reunir técnicamente los restantes elementos, tener el máximo relativo de información sobre el hecho histórico y lograr una descripción auténtica. Y para eludir el anacronismo concomitante existen, además, los trabajos históricos de otros autores, trabajos que debemos criticar y completar. Su crítica previene de caer en los errores ya cometidos por histo-

(5) Es menester eliminar mecánicas tendencias de considerar como "historia" la mera adición de trozos documentales en vista de un tema propuesto. Es la recomposición objetivante del historiador lo que permite hacer patente una posibilidad de historiar que yace latente en las fuentes.

riadores precedentes —lo que no excluye la presencia de nuevas fallas—; además, una mayor extensión, un desarrollo más extenso de los temas permite aclarar situaciones oscuras, más o menos equívocas.

La narración histórica como un proceso orgánico es posible gracias a la preparación técnica, compenetración espiritual y paralela información genérica que permitan dominar la totalidad del proceso en trace de estudio. Teniendo en frente la totalidad del tema elegido —con memorística fluidez— hay que saber dividirla en sus naturales etapas —alusión al problema de la periodificación histórica. Siguiendo entonces un proceso lógico, aunque atentos a la vigencia de lo imprevisto, del azar como factor de diferenciación y a la analogía como factor unificante, se trata de recomponer el suceso, reconstrucción ayudada por la imaginación reproductora —que trabaja a base de hechos documentadamente comprobados— expresada con propiedad literaria, con expresión y estilo claros y sugerentes.

El estudio documental pone en simultánea actividad la memoria y la imaginación reproductora, cuyo juego nos permite obtener una reconstrucción intuitiva de validez objetiva. La imaginación en su matiz reproductor —no creador— permite “ver” lo que la documentación confrontada va poniendo frente a nosotros; mientras la memoria posibilita retener la multiplicidad de los hechos y verificar las oportunas conexiones que ayuden a descubrir la rota unidad de lo acaecido, yacente en la caótica pluralidad documental. La capacidad selectiva del historiógrafo permite escoger lo auténticamente importante y separar lo secundario con intuición valorativa (6) que es algo más que una mera instancia psicológica, porque significa una vivencia de valor que hace posible su correspondiente selección auténtica.

Como resultado de este proceso se desemboca a una narración de cómo sucedió el acontecimiento histórico. La recomposición orgánica de lapsos extensos —concernientes a la historia universal— nótrese a su vez de multitud de trabajos, cuyos autores merecen confianza profesional por su eficiencia probada. Juegan importante papel, los soportes cronológico y geográfico.

(6) Se alude a las ideas de Max Scheler.

Narrar objetivamente es tarea complejísima, necesitada de contribuciones personales e impersonales, entre los que destacan la preparación científica y la expresividad adecuada del historiador y el aporte documental, respectivamente.

V. HISTORIOLOGIA

Es la parte de la Historia que se ocupa de la interpretación en sí de los hechos empíricos, ya realizados, de sus problemas teóricos y de su fundamentación y división, así como de los temas que siendo históricos trascienden su campo y son autocognocitivos referentes a su propia evolución temporal. Este investigar introspectivo permite explicar el nacimiento y evolución de la Historia como disciplina cultural en las diversas épocas del mundo o de un país y adoptar soluciones olvidadas.

La Historiología que enuncia el aspecto significativo de la Historia, desarrolla temas ignorados o eludidos. Con este distinto e integral planteamiento, la Historiología saca a la Historia del limitado campo tradicional —señalado por la Historiografía, clásicamente entendida como Historia— que no ensayó abordar tales problemas ni los consideró, con manifiesto prejuicio, una posible tarea suya.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

1. *Teorética*

Teorética es la parte de la Historiología dedicada al estudio de la interpretación histórica en sí misma considerada, es decir al examen de la hermenéutica, a la enunciación del Principio y Métodos históricos y a la objetivación esencial de la Historia. Su territorio corresponde plenamente a la teoría del conocimiento histórico.

α) *Hermenéutica*

Concierne esta parte al estudio de la explicación histórica en sí mismo considerada, o interpretación. La tradicional desconfianza al aspecto interpretativo de la Historia proviene

de que no siempre el historiador enuncia un juicio que emane de los hechos y se limite a su contenido material, sino que agrega o pone algo más y distinto, añade con arbitrariedad. Quizá por el hecho común de que la significación rebasa la mención intuitiva.

La interpretación histórica adquiere apodíctica necesidad, porque al lado del cómo, de la descripción, está el qué, la significación de lo narrado. Aquí es donde obtiene la explicación comprensiva y se descubre el sentido oculto de los acontecimientos. Toda interpretación que se aparta de los hechos, carecerá de validez; pero toda interpretación que se atiene a los hechos representados encarna la parte más destacada de la Historia. Un historiar ininterpretativo no pasa de una acumulación cuantitativa, más o menos organizada pero trunca.

b) Principio y Métodos Históricos

El principio Teleológico o Finalista fundamenta la ciencia de los fenómenos antropológicos y responde al requisito básico exigido por la autognosis : la interiorización objetivante de fenómenos caracterizados por mostrar una constante finalidad.

En sus orígenes, el principio Teleológico fué hallado quizá en actitud naturalista y fué, consecuentemente, mal aplicado. Proviene de aquí la iniciación de su descrédito científico posterior, frente a la eficacia del principio de Causalidad. Pero esta refutación histórico-tradicional no invalidaba su eficacia específicamente antropológica, sino hacía patente su deficiente aplicación metódica. Por esto, limitado al conocimiento de los fenómenos humanos, readquiere su rango fundamentante y permite combatir el naturalismo dentro del campo antropológico. Así como la heterognosis nuestra como indiscutido principio el de Causalidad, la autognosis muestra el Teleológico (7).

La Historia como ciencia antropológica tiene, pues, de obligado principio a éste. La persistencia del uso del principio de Causalidad en el conocimiento histórico, revela rezagos de naturalismo y una habitualidad conceptual que debe ser implacablemente desterrada. En suma, el principio de Cau-

(7) v. Ia. part, cap. II : Heterognosis y Autognosis.

salidad es inadecuado, no corresponde a la naturaleza de los fenómenos humanos; mientras que el principio Teleológico corresponde a la naturaleza de tales fenómenos, es adecuado, porque lo constante de éstos es poseer una yacente finalidad que les otorga sentido.

El camino para hallar la verdad, el recto sentido de los fenómenos antropológicos, está representado por el método de la Comprensión. Señalando una actitud de prehistoriar, se puede entender mejor la auténtica actitud de historiar.

Mirando y remirando la sucesión de los acontecimientos humanos que merecen el recuerdo de la posteridad, de inmediato brota una pasión específica del sujeto que los contempla con empecinada atención. A su conjuro emerge rediviva una forma de vida al parecer definitivamente desaparecida, plena de reflejos inéditos, para seducirnos o para enardecernos. Así colocado, parece obligado el sujeto a defender o a rechazar diversas situaciones pasadas que contempla, utilizando la loa o la imprecación para los que poseen igual o diferente juicio. Es esta una característica del hombre en actitud cotidiana, de prehistoriar opinativo. Un problema distinto se plantea cuando la opinión cotidiana es desalojada por un imperativo de conocer la verdad —más acá de la simpatía o antipatía—, cabe decir enfrentarse a las dificultades del conocimiento histórico. Aquí puede diferenciarse el opinar del conocer histórico, tendencia esta última que no estrangula la intuición irracional de ese vivir histórico, sino la utiliza para un conocimiento comprensivo.

El método de la Comprensión posee un sentido antropológico distinto del usado en la Lógica. Toma como trampolín las diversas expresiones fenoménicas de lo humano, pasa a las vivencias originarias, y coviviéndolas, descubre su sentido (8). Consiste, pues, en la reactualización objetiva de contenidos espirituales valiosos, por un historiador dueño de erudición cuantitativa y madurez personal. El proceso de la heterognosis y el de la autognosis son gráficos para entender la diferencia (9). Como los acontecimientos humanos deben

(8) Alusión a las tendencias de Dilthey y Spranger.

(9) v. I. parte, cap. II : donde el proceso cognoscitivo naturalista es : observar (describir) — experimentar (verificar) — explicar; mientras el antropológico es : observar (describir) — comprender (verificar) — interpretar.

ser interiorizados para conocer su materia y descubrir su sentido, el método de la Comprensión aparece adecuado para el uso científico-antropológico.

c) *El "Objeto" Histórico*

Si se pone entre paréntesis la caótica multiplicidad del acontecer empírico-histórico, necesario es interrogarse por el elemento constante que aparece en los diferentes sucesos, por aquel común "objeto" que es vehículo de infinitas diferencias circunstanciales. Tomando como trampolín la intuición directa del historiador, la manera como recoge de la *vida histórica* su material para *historiar*, podrá intuirse lo esencial de la Historia : el *objeto histórico* y sus caracteres esenciales —opacados por el brillo empírico— al que por convención denominaremos *Acontecimiento*.

Es notorio de inmediato que el historiador no se interesa por la totalidad del suceder humano, sino que actúa en función selectiva, escoge algo de la inextricable trama de un determinado lapso. Le interesa aquello que por su importancia debe perdurar en el recuerdo de los hombres : el hecho memorable, ya sea en función de lo nacional, continental, universal o personal.

Lo inicial y notorio es que el *Acontecimiento* supone la realización de algo importante que ocurrió una vez, de una sola manera y nada más que así. Es algo que simultáneamente posee valiosidad y es rotundamente único, no se repite nunca. Toda labor histórica tiende pues a revivir y recomponer un intransferible acaecer humano, a pesar de que podamos vacilar psicológicamente frente a las más contradictorias calificaciones. Cualquier parecido entre los *Acontecimientos* es una simple analogía, incapaz de llegar nunca a la identidad. Muchas veces pueden aparentar igualdad, pero diferenciada la identidad de la analogía, esta última adquiere una decisiva importancia en la correcta interpretación de la historia pasada, en el adecuado planteamiento del presente y en la previsión del futuro. En realidad, la Historia nunca se repite, aunque siempre se parece.

Esta simultánea valiosidad universal y singularidad del *Acontecimiento*, permite al historiador —mediante su especí-

fica intuición— seleccionarlo del suceder aparentemente caótico de lo humano. Por ejemplo, la rebelión del cacique Túpac Amaru (1780-81) se califica de acontecimiento peruano por su gran importancia y apodíctica singularidad. Es valiosa y única. Si se le ignorase, nuestra historia virreinal aparecería con un vacío incolmable, la general del Perú incompleta y, por ende, no sería conocida la auténtica historia universal de aquel lapso. Sintéticamente, este inicial carácter del Acontecimiento puede enunciarse bajo el nombre de *Univaliosidad*.

Un segundo carácter observable en el Acontecimiento, es que todos los aspectos de un lapso determinado aparecen como reflejados en éste sin propiamente constituirlo, sin ser sus partes. Se debe esto a que el Acontecimiento, por ser un hecho magno, a pesar de su aparente restricción singular, recoge la totalidad de vida de una época y en forma sintética la representa. En el campo antropológico, lo individual, único, no es sinónimo de cosa aislada y fragmentaria, sino de plenitud ecuménica cuando es auténtico. La multiplicidad de aspectos acumulados no nublan la individualidad del acontecimiento, muy por el contrario la destacan. Por ejemplo, al estudiarse la rebelión del cacique Túpac Amaru, pueden descubrirse en él proyectados, aspectos económicos, políticos, jurídicos, religiosos, etc., del siglo XVIII. Este segundo carácter inherente al Acontecimiento, puede designarse bajo el nombre de *Reflejabilidad*.

Un postrer carácter enunciable del Acontecimiento está representado por su gradual aparecer y desaparecer en la superficie inmensa de los fenómenos. Es algo así como una relieve acusado, cuya parte inicial y cuyo término se confunden con el tramado horizontal de la vida, sin que sea posible precisar con rigurosidad su principio o término. Brota de súbito, crece por intususcepción y desaparece, marcando un precedente alusivo a hechos posteriores. El Acontecimiento latente, con ocasión de una circunstancia determinada se hace patente, para luego desvanecerse. Y siempre en el desarrollo de este proceso aparece lo imprevisto, aportando una nota inefable en el acaecer histórico. Esa imprecisión mencionada, sin embargo, no es un obstáculo a la pretensión científica de la Historia, pues toda ciencia —natural o antropológica— presenta en sus manifestaciones empíricas un constan-

te margen de error que no por pequeñísimo es menos real y objetable. Por ejemplo, en las tantas veces citada rebelión de Túpac Amaru es imposible señalar, con precisión apodíctica, su comienzo y término cronológicos. Puede enunciarse el día del levantamiento y de su captura, pero nada más. No cabe afirmar que tales hitos coincidan con la orgánica iniciación o término de aquel acontecimiento del siglo XVIII. Este nuevo carácter inherente al Acontecimiento puede ser designado sintéticamente bajo el nombre de *Graduabilidad*.

2. *Metahistoria*

Concierno a esta parte el estudio de aspectos que perteneciendo al campo genérico de la Historia, trascienden sin embargo a ésta, conectándose con temas permanentes de la vida (10). No puede evadir el historiador tal enfoque, porque del concepto que sobre dichas cuestiones posea, su obra adquirirá —conciente o inconcientemente— determinadas características que le conferirán un sello peculiar. Son problemas ubicados entre lo fenoménico y transfenoménico, territorio donde el conocimiento de validez objetiva es sustituido por la opinión más o menos verosímil. Sin embargo, constituye campo complementario y válvula que impide toda limitación arbitraria o rigidez exagerada de la ciencia (11). Como ejemplo, se indicarán brevemente algunos de sus temas característicos, determinantes de la obra y actividad del historiador.

Si la vida histórica se apoya en la actividad del hombre, que objetivada y selectivamente considerada genera cultura, y se produce una común interacción entre ésta y aquél —proceso que se desarrolla en el mundo— : ¿cuál es el origen del hombre y de la cultura? La indagación genética, acerca del origen es tema predilecto del historiador para una adecuada hermenéutica de las historias nacionales, biografías, etc., que

(10) Se ha querido erróneamente involucrar la Teorética en la Metahistoria, cuando entre ambas existe una clara diferencia. (v. IIa. parte, cap. V, 1).

(11) Ya Rickert afirmaba : no hay historia sin filosofía de la historia, cabe decir que no es posible un historiador auténtico, sin estar iniciado en la filosofía para aclarar y comprender su específica tarea con máxima amplitud en cada realización concreta.

aportan contribución inestimable a una auténtica interpretación de la historia universal —no de simple perspectiva europea— y otorgan claridad sobre actuales fenómenos históricos poco menos que insolubles. Tal estudio, de planteamiento retrospectivo extremo, lleva desde lo conocido hasta un límite donde súbitamente aparece lo desconocido, donde los hechos concretos dan paso a "sombras", terreno que sin embargo exhibe la sugestiva posibilidad de contener respuestas a insolubles problemas planteados. Porque hay que considerar al conocimiento positivo como si fuese cierta pequeña, brevísima superficie alumbrada por un haz de luz, a la que rodea un océano de oscuridad, susceptible, eso sí, de ser asintóticamente iluminado por la ciencia.

Frente al estudio del origen del hombre y la cultura, aparece su complemento prospectivo, cuando nos interrogamos si la vida histórica tiene un término o posee una continuidad indefinida. Esta interrogante contestada en diversas formas hipotéticas, puede serlo mejor por la Historia actual, limitada concientemente al estudio de la vida humana —única comprensible para el hombre—, porque la llamada "historia natural" es simple cronología aplicada a procesos naturales (12). Concretamente, el hombre puede desaparecer de la tierra a consecuencia de acciones propias. La vida histórica se extinguiría como derivación del superlativo poder científico-natural aplicado a lo destructivo, a las guerras tradicionales, luchas armadas que hoy significan aniquilamiento del hombre y la cultura, aunque un futuro opuesto puede esperarse de una aplicación positiva (13).

¿Muestra la vida histórica un constante progreso o, por el contrario, retrocede ésta en lo fundamental a pesar de sus concomitantes avances periféricos?, ¿avanza en ciertos aspectos y retrocede alternativamente en otros?, ¿el avance histórico concuerda con el imperio de la libertad humana y su retroceso con el imperio del despotismo, o hasta el presente esto es más bien mera teoría optimista? Superada la creencia en el progreso rectilíneo, parecen existir lapsos de avance en

(12) v. Va. parte, cap. XII : Cronología y Geografía.

(13) Este es un ejemplo de cómo por un avance de la ciencia se puede, indirectamente, dar respuesta a una interrogante al parecer sin contestación

ciertos aspectos culturales y de retroceso en otros, no siempre coincidentes con el simplismo de estar vigentes la libertad o el despotismo. Hay positivas etapas de vida histórica generadas como resultado de mutuas consecuciones. Vigie entonces un equilibrio real —más acá de lo meramente doctrinario.

La vida histórica tiene *constantes* genéricas dentro de su singularidad diferencial, índice de la presencia de leyes. Hay en consecuencia una ley histórica con tanta vigencia como una ley física. Esta rige el fenómeno natural; aquélla, el fenómeno antropológico, es decir que tienen universalidad a su manera. La universalidad científico-natural es verificable mediante la repetición mecánica, mientras la universalidad científico-antropológica es verificable mediante la "emanación" orgánica, su difusibilidad integral. Frecuencia y singularidad caracterizan ambas universalidades. La ley histórica, no-mecánica, rige a los fenómenos relacionados con la libertad o el aporte de lo imprevisto, lo que confiere a cada caso una singularidad de expansivo radio ecuménico. Cabe decir que a lo genérico-universal del naturalismo, opónese lo singular-universal del historicismo (14).

¿Más que aspectos intelectivos, tipifica a los grandes períodos históricos una predominante actitud valorativa que le confiere su matiz peculiar? La comprensión axiológico-histórica permite al historiador interpretar con acierto la vida arcaica o presente, propia o distinta, pues en cada época, a lo que parece, prima en los hombres tal o cual vivencia de valor. Estudiando el matiz axiológico del acontecer, cáptase el signo determinante de cada época y se las diferencia en lo esencial.

Los problemas del espacio y del tiempo ocupan un lugar característico en el interés específico del historiador. Los sucesos históricos se realizan en un lugar, en una determinada extensión, constante base empírica de sustentación que vincula a la Historia con la Geografía. Tomando como trampolín el problema del lugar y su concomitancia con el acaecer antropológico, el historiador ingresa en el problema del espacio, cabe decir adopta una complementaria actitud metahistórica. Simultáneamente, los hechos históricos ocurren en fechas sucesivas, irreversibles, fenómeno que vincula a la Historia con

(14) v. IIa. parte, cap. V, 1, c : El "objeto" histórico.

la Cronología. Tal característica permite ubicarlos en una concatenación unidimensional, dentro de una perspectiva genérica tridimensional : lo que está acaeciendo, lo que acaeció, lo que acaecerá. A partir de tal constatación empírica, el historiador ingresa en la meditación sobre el tiempo, meditación esencial al campo histórico y aplicable, asimismo, al conocimiento de los fenómenos naturales (15).

3. Genética

Conocer los hechos empíricos supone otro aspecto técnicamente previo : plantear el problema referente al conocimiento evolutivo de la Historia como una disciplina independiente, es decir interesada en el examen histórico de la propia Historia.

El estudio evolutivo de la Historia permite descubrir cosas olvidadas por no-pertinentes o utópicas en su época, pero que sin embargo constituyen hoy sugerencias renovadoras y aportes prácticamente inéditos para el progreso general de la Historia como disciplina cultural.

A través del tiempo se distinguen cambios diversos en la concepción de lo que es la Historia. Inicialmente, ésta aparece en Grecia como narración verdadera de los hechos memorables contemporáneos, en cuya trama destaca la acción decisiva de los hombres célebres. Son propósitos fundamentales, entre otros, del historiador griego : primero, narrar la verdad de lo acaecido; segundo, estudiar los grandes sucesos de la época presente, más interesantes y susceptibles de veracidad, a diferencia de los antiguos plagados de inseguridad. Se explica tal creencia por los escasos medios auxiliares indispensables para garantizar la integridad y buena conservación de las fuentes. En consecuencia, existe un permanente interés por estudiar sucesos contemporáneos mediante testimonios expuestos a desaparecer en un lapso más o menos breve. Descubrir la verdad de lo acaecido, constituye un aporte permanente del historiador griego; mientras que su interés por estudiar sucesos contemporáneos ha sido teórica-

(15) v. Va. parte, cap. XI : Cronología y Geografía.

mente superado ante razones básicas de orden técnico, espiritual y público (16). Ya desde este lapso inicial se encuentra en el historiador heleno un típico interés por la narración, uso auxiliar de la cronología y la geografía, culto a lo memorable propio y ajeno, adecuada expresión literaria, vigilante actitud crítica e intermitente interpretación dentro de un acusado propósito fundamental. Por ejemplo, Herodoto (480-430 a. JC.) escribe con el fin de evitar el olvido "de los hechos públicos de los hombres" y las hazañas de griegos y bárbaros —no griegos—, que narra y trata de explicar por sus causas. Su contemporáneo Tucídides (460-396 a. JC.) exhibe ya un acusado progreso crítico y literario, índice de una creciente madurez histórica. Su obra descubre gérmenes de tendencias cronológicamente posteriores. El romanizado griego Polibio (210-127 a. JC.) aporta una visión orgánica y ecuménica de la Historia. La unificación del mundo antiguo por Roma le permite adquirir una inefable visión de conjunto, patente cuando manifiesta que la vida histórica de su tiempo habiase mezclado tanto hasta parecer "como que se ha reunido en un solo cuerpo". Señala ya desde entonces cómo toda limitada historia nacional sólo tiene sentido en función de la total historia universal, como sucede con los miembros respecto al cuerpo humano. La propia grandeza de su plan lo lleva a meditar, a filosofar con ocasión de los hechos históricos, destacando el nexo entre lo fugaz del suceder cotidiano y aquello que permanece y le otorga sentido. Como derivación necesaria aparece su posición pragmática, al destacar la importancia y utilidad de la Historia para "la instrucción del hombre" y del político.

Un fecundo sentido genético de la Historia se hace especialmente patente en la obra de Tito Livio (59 a.JC. - 17 d.JC.), plenamente consciente de la inseguridad de toda noticia primitiva. Aunque considera a los sucesos antiguos más bellos que ciertos, les otorga especial importancia porque permiten reconstruir el proceso histórico y, en consecuencia, comprender el presente de manera adecuada. Con mayor sentido positivo de la Historia, Tácito (55-117 d. JC.) acentúa

(16) La época no permitía distinguir entre Crónica —estudio contemporáneo parcial y limitado de lo acaecido— e Historia —estudio mediato e imparcial de lo que sucedió.

el aspecto pragmático y con sobria expresión literaria, plena de inefables sugerencias, hace más comprensible a la época y hombres que le tocó historiar. Otro contemporáneo suyo, el romanizado griego Plutarco (45-125 d.JC.) cultiva la biografía con criterio universal, comparativo y moralizante.

Con la transformación histórica que trajo el cristianismo, cambia el estilo de la Historia. La etapa clásica de tipo antropocéntrico deja paso a otra de tipo teocéntrico, donde la vida histórica está subordinada a un fin trascendente. La Historia es utilizada como pretexto para disquisiciones teológicas, porque la auténtica meta de los sucesos humanos está fuera del mundo. Predomina la insegura explicación alegórica —erudita o caprichosa. Además, el historiador cristiano no se limita a examinar el presente y el pasado, sino que prevé los acontecimientos futuros —cuyo tope está representado por el juicio final. Su actitud general es de polémica con los temas antiguos, buscando el afianzamiento de la nueva forma de vida histórica que el cristianismo preconiza.

Un apasionado estudio de la cultura clásica, tipifica el llamado Renacimiento. Tal reencuentro se completa con los grandes descubrimientos de la época moderna, cuya consecuencia es el brusco ensanche del mundo histórico. Se produce entonces un progresivo retorno a los antiguos cauces antropocéntricos. Desde esta época se hace notorio un positivo afianzamiento de la tendencia a cultivar una historia universal pero reducida a la de Europa y sus colonias, etapa coincidente con su expansión colonizadora universal —cuyos rezagos está aún vigentes. Florece un acusado sentido pragmático, subsistiendo cierto paralelo providencialismo.

La época de la Ilustración es favorable a un incremento doctrinario de la Historia. De ella parte un impulso renovador, que se hará patente de manera progresiva. La renovación y afianzamiento de la Historia tiene sus más importantes etapas en el siglo XIX. La tendencia filosófica-histórica se enfrenta a una vigorosa corriente historiográfica, que pone a la Historia sobre bases positivas. Esta queda claramente diferenciada tanto de la literatura histórica, como del ensayo filosófico-histórico. Pero es en la segunda mitad de dicho siglo cuando comienza a florecer una tendencia científico-histórica que, sin oponerse a la narración tradicional, la supera y

completa y tiende a estructurar una teoría del conocimiento histórico. De aquí deriva una crítica del naturalismo inicialmente trasplantado al campo antropológico y la enunciación de temas que completan el marco de lo que tradicionalmente se entendió por Historia.

Tercera Parte

MODALIDADES DE LA HISTORIA

Desarrolla esta parte dos cuestiones conexas. Una preliminar, concerniente a la necesidad de periodificar la Historia; otra, a las modalidades que ésta adopta.

La Vida histórica en sí es un continuo, concretamente indivisible; pero la Historia — conocimiento de la Vida histórica — si es susceptible de ser metódicamente periodificada. Tal aceptación es dada con la reserva de no admitir toda periodificación, sino aquélla adecuada por emanar de las sollicitaciones del propio fenómeno histórico.

Problema diferente aunque conexo es el que se refiere a los diferentes tipos de Historia, dentro de una común finalidad de conocimiento histórico objetivamente válido, a partir de su base reconstitutiva, del ámbito que abarca o del propósito inmediato que persigue.

VI. LA PERIODIFICACION

Si la Vida histórica es un proceso ininterrumpido e indiviso, es legítimo periodificar la Historia?

La Vida histórica como una totalidad, como un tramado de hechos humanos, rebasa la capacidad humana de conoci-

miento para el historiador de todo tiempo y lugar. Con el propósito de resolver el problema urgente de estudiarla nace la Historia, susceptible de ser dividida, periodificada para efectuar su examen y, luego, recomponerla en su primitiva unidad orgánica. Dada una estructura histórica (instancia *sintética previa*), se pasa a desintegrarla (instancia *analítica*), para finalmente reconstituirla, arribar a su inicial unidad ya distinta (instancia *sintética plena*). Es decir que mediante el análisis histórico se pasa de una intuición simple a una intuición categorialmente informada. Si tomamos por ejemplo nuestro país : de su mención previa (Perú), se pasa a su análisis (P-e-r-ú), para arribar a su mención plena (PERU). Entre el primer y el postrer enunciado, existe la clara diferencia que media entre la opinión inconsistente y el conocimiento fundamentado.

Ahora bien, cabe interrogarse sobre si toda periodificación histórica es siempre adecuada.

La historia narrativa y adicionante, de progenie naturalista, consideró a la periodificación como un simple corte cronológico de la vida histórica e ignoró el planteamiento teórico entre Vida histórica e Historia. La división tipo "corte" representa un cómodo procedimiento arbitrario, de espaldas a la naturaleza del fenómeno histórico. Como instrumentos seccionantes fueron utilizados los conceptos cronológicos de Año, Siglo o Milenio, a partir de una fecha inicial o Era. Común es hablar entonces de los Anales del siglo de Augusto o de la historia del siglo XVIII. Esto puede ser aceptado como una conseción a urgentes necesidades cotidianas, pero no como algo doctrinariamente sostenible. Deficiencia notoria de esta división tipo "corte" era desatenderse del proceso histórico mismo y poner sobre éste un molde heterogéneo, una diferenciación meramente cuantitativa.

Expuesta la posibilidad y necesidad de la periodificación histórica, cabe tratar sobre la ordenada aplicación convencional de conceptos a utilizar en la división concreta de la Historia.

La periodificación muestra, en general, conceptos aplicados a etapas históricas más o menos prolongadas, dueñas de una lenta velocidad histórica, permitiendo su extensa duración cronológica, divisiones y subparticiones o lapsos histó-

ricos de mayor velocidad. Los primeros dan una impresión estática; los segundos, por el contrario, una impresión dinámica.

A partir de una orgánica totalidad histórica, podría señalarse al concepto *Período* como la denominación más extensa para la división. Por ejemplo, si tomamos al Perú, podría señalarse dos grandes períodos por excelencia : 1) *Autóctono* caracterizado por la presencia de una cultura elaborada gracias a un esfuerzo al margen de influencias universales, lapso que descubre un predominante "purismo" cultural y 2) *Heteróctono* tipificado por un fenómeno de transculturación —bajo signo europeo—, lapso que muestra un predominante "mestizaje". Cada *Período*, a su vez, comprende *Epocas*, es decir lapsos cronológicos menores subsumidos. Retomando el ejemplo del Perú, el *Período Autóctono* abraza dos *Epocas* : 1) *Pre-inkaica*, y 2) *Inkaica*; y el *Período Heteróctono*, está asimismo conformada por dos *Epocas* : 1) *Colonial*, y 2) *Republicana*. Las *Epocas* se subdividen en lapsos menores o *Sub-épocas*. Teniendo en cuenta las *Epocas* peruanas mencionadas tendremos : *Epoca Pre-Inkaica* : a) *Sub-época Arcaica*, b) *Sub-época Chavín*, y c) *Sub-época Tiawanaco*; *Epoca Inkaica* : a) *Sub-época Hurin Cusco*, y b) *Sub-época Hanan Cusco*; *Epoca Colonial* : a) *Sub-época Austríaca*, y b) *Sub-época Borbónica*; *Epoca Republicana* : a) *Sub-época Inicial*, b) *Sub-época de organización*, y c) *Sub-época de revisión* —contemporánea.

Como opuesto y complementario al *Período*, la *Epoca* y la *Sub-época*, aparece el *Momento*. Es típica su transitoriedad y la polaridad de tendencias y violentas luchas interiores. Desde el punto de vista metodológico, el *Momento* hace posible la orgánica relación entre los otros lapsos mencionados, es decir que tiene un papel funcional. Por eso es más difícil interpretar objetivamente los sucesos de este lapso, que invitan a la polémica ofuscada cuando no se adopta una constante actitud crítico-comprensiva. En nuestra historia existen varios *Momentos* : entre el *Período Autóctono* y el *Heteróctono* : el *Momento de la Conquista*; entre la *Epoca Pre-inkaica* y la *Inkaica* : el *Momento de las Confederaciones Tribales*; entre la *Epoca Colonial* y la *Republicana* : el *Momento de la Emanci-*

pación (17). Los criterios de periodificación histórica aplicados al Perú, pueden ser en parte válidos para la historia del continente.

VII. TIPOS DE HISTORIA

En forma concreta, la Historia adopta numerosas modalidades. Algunas han sido consideradas como expresiones más o menos exclusivas, es decir que representarían instancias específicas. Aquí se enuncian las principales, desde el punto de vista de su base reconstructiva, de su propósito y de su ámbito.

Una dominante tendencia tradicional ha considerado como privativo del tema histórico lo que proviene de textos escritos, de documentos. La Historia sólo empezaría con el advenimiento de la escritura. Reconponer la vida histórica a base de monumentos constituiría una disciplina diferente : la Arqueología.

(17) Lo expuesto permite bosquejar el esquema siguiente :

P E R U	PERIODO AUTOCTONO	EPOCA PRE - INKAICA	SUB - EPOCA ARCAICA
			SUB - EPOCA CHAVIN-TIAWA- NACO
		MOMENTO DE LAS CONFEDERACIONES TRIBALES	
		EPOCA INKAICA	SUB - EPOCA HURINCUSCO
	MOMENTO DE LA CONQUISTA		SUB - EPOCA HANANCUSCO
		EPOCA COLONIAL	SUB - EPOCA AUSTRIACA
	PERIODO HETEROCTONO	MOMENTO DE LA EMANCIPACION	SUB - EPOCA BORBONICA
			SUB - EPOCA INICIAL
		EPOCA REPUBLICANA	SUB - EPOCA INTERMEDIA
			SUB - EPOCA CONTEMPORANEA

Por otra parte, como los hechos guerreros y políticos muestran una inmediata y constante eficacia para la transformación histórica, se consideraría característico del genuino historiar la narración de guerras y mutaciones políticas. A tan antigua tendencia se acompaña otra —sobre todo desde fines de la época moderna e inicios de la contemporánea—, orientada de preferencia hacia hechos culturales o ideas bases.

Asimismo se ha considerado explícitamente —ya desde Polibio— el estudio de lo ecuménico como el tema histórico por antonomasia, porque permite estudiar la actividad humana sin restricciones circunstanciales e indisolublemente concatenada, cabe decir efectuar el examen del total comportamiento humano como un proceso orgánico y continuo. Paralelamente, considérase también que la historia concreta, real sólo está constituida por hechos particulares, reconstruidos a base de fuentes necesarias y suficientes.

α) *Por su base Reconstructiva*

Es la Historia una disciplina exclusivamente basada en documentos? Qué papel juega el monumento para la enunciación de un conocimiento específicamente histórico.

Sin plantear la diferencia previa entre vida histórica e historia, enunciar la eficacia exclusiva del documento es opinar en forma dogmática. Si el carácter esencial de la Historia consiste en proporcionar un conocimiento de validez objetiva —más acá de opiniones caprichosas— es legítimo asignarle a la tendencia documental una vigencia relativa, y nada más. La reconstitución de la vida histórica a base de monumentos es —y ha sido siempre— legítima. No es impertinente recordar que existen períodos de la vida humana que tienen como único testimonio al monumento.

De modo fundamental, la vida histórica se reconstruye a base de testimonios humanos. La escritura constituye uno de sus más eficientes soportes y firme base para el desarrollo de la Historia. Desde este punto de vista, puede afirmarse que con la escritura nace la narración histórica propiamente dicha. Pero también las cosas construidas por el hom-

bre tienen un permanente mensaje que puede ser traducido y permitir el conocimiento de cada período humano con análoga eficacia con que lo haría la escritura, dentro de un marco de predominante generalidad cronológica. Aunque ésta vaguedad vea hoy reducido su perfil problemático, pues el problema cronológico ha sido superada en gran parte gracias a nuevas técnicas contemporáneas de verificación temporal para procesos pre y post históricos (18).

Menester es recalcar que el documento sin el monumento aparece algo trunco o equívoco, y éste sin aquél sufre amenaza de vaguedad. Hay lapsos llamados "prehistóricos" donde no existen más testimonios que los monumentales, mientras hay otros llamados "históricos" —o más bien historiográficos— donde el documento está siempre acompañado por el monumento, es decir que mientras el documento no aparece sin el monumento, éste sí puede darse con prescindencia de aquél. Temporal y geográficamente, mayor radio de acción muestra, pues, el monumento sobre el documento, y también ostenta una superior resistencia a los efectos destructivos del tiempo.

Ahora bien, yendo al fondo de la cuestión puede descubrirse que la diferencia entre Historia y Arqueología no es esencial sino circunstancial y simplemente metódica. Como los monumentos aparecen dominantes en lapsos carentes de escritura, nace un esquema didáctico pero superficial para distinguir las tareas del historiador y del arqueólogo. Común propósito de ambos es lograr el conocimiento de la vida histórica; los diferencia la manera de obtenerlo.

En el pasado de todo pueblo existen lapsos sin testimonios escritos o tan rudimentarios que no tienen un grado suficiente de expresividad gráfica, hecho que contrasta con lapsos en que campea omnímoda la escritura. Por ejemplo, el historiador documental peruano domina en el ámbito de los lapsos colonial y republicano, mientras el arqueólogo campea en el lapso autóctono, pero ambos se complementan en parte dentro de sus períodos respectivos. Significa esto que la Arqueología predomina simplemente en el estudio del Perú autóctono, cosa que igualmente sucede con la Historia documental cuando se estudia el Perú colonial y republicano. En

(18). Alusión a la técnica del Carbono XIV.

consecuencia, podría enunciarse que no existe contraposición sino complementación entre la Historia y la Arqueología; en todo caso podría descubrirse oposición entre la Arqueología y la Historiografía —parte narrativa de la Historia. (19).

La Historia auténtica, la que aspira a conocer objetivamente la vida humana como un proceso, considera a la Arqueología como instancia correlativa, dentro de un propósito común de conocimiento con sus limitaciones inherentes. La separación entre los que estudian la vida histórica a base de documentos o de monumentos, irrefutablemente aparece como una diferencia metódica cuando nos sacudimos de inveterados hábitos historiográficos y es planteado un examen orgánico de las actividades humanas.

Por su *base reestructiva* muestra la Historia, pues, dos matices complementarios : uno documental y otro monumental, con particulares ventajas y desventajas.

El historiador documental usa testimonios humanos escritos, cuyos textos puede examinar en su significación explícita, comprender y criticar, para reconstruir sucesos también humanos (20). El documento —inédito o édito— rezuma singularidad, intrasferible presencia individual. Hay la posibilidad de estudiar sucesos al detalle y rectificar lo que no se dijo o no se quizo decir. Sus órganos están representados por los Archivos y las Bibliotecas. En cambio el arqueólogo o historiador monumental utiliza testimonios humanos no-escritos —muebles o inmuebles— que debe examinar en su mensaje implícito, expresar su multisignificación. Sus resultados presentan una fisonomía menos individualizante. Su órgano cultural es el Museo.

b) *Por su Propósito*

La Historia puede hacerse en vista de propósito diversos. Para el naturalismo histórico, ésta constituye un narrar cronológicamente ordenado de los hechos memorables acaecidos. Cada hecho estudiado se coloca en forma precisa, ubicado en una serie cuyo total permitirá hablar del continuo histó-

(19) v. Parte IIa. : Estructura de la Historia, Cap. IV, pp. 15.

(20) v. Ia. Parte, Cap. II : Heterognosis y Autognosis, pp. 11.

rico, de la historia general de los pueblos y de la humanidad. La Historia consistirá en una suma de hechos aislados, temporalmente dispuestos. En cambio para el estructuralismo historicista cada suceso histórico es un complejo orgánicamente enlazado, subsumido y subsumiente en función de estructuras organizadas de manera jerárquica.

De un lado, el trabajo histórico es adición mecánica, cuya concatenación externa determina una visión más o menos extensa del proceso humano; del otro, hay una diversidad compleja de situaciones históricas, pero cada una —diferente en rango— es una unidad compleja en sí, un micro o macro-organismo internamente estructurado. Mientras el naturalismo histórico está hoy en franco retroceso, el estructuralismo funcional señala el triunfo de la autognosis sobre la heterognosis en el estudio de la vida histórica (21).

La Historia tradicional —pro naturalista— quiso reducir el campo propiamente histórico a una escueta narración de guerras o de cambios de gobernantes. La historia militar y política reducía así el campo de la Historia con simplismo indefinible. Pero la vida histórica es algo mucho más extenso que sus aspectos aislados, por mucho que ostenten una determinada importancia. Entre las modernas tendencias —pro estructuralistas— ocupa sitial preferente la llamada historia de las ideas o estudio del influjo doctrinario de ciertos conceptos básicos sobre los hombres y sus consecuencias renovadoras en la vida de los pueblos. Un estudio descriptivo e interpretativo de nuestra vida histórica permite comprender, por ejemplo, las consecuencias de los conceptos fundamentales de Rousseau sobre el peruano culto del siglo XVIII. Es indudable que aquellas ideas hicieron variar su actitud frente al mundo hispanoamericano de su época y modificaron la estructura de nuestra vida histórica, propiciando el advenimiento de un nuevo lapso.

c) *Por su Ambito*

Existen marcadas diferencias que han generado opiniones sobre cuál es la Historia auténtica : ¿la que trata el su-

(21) v. Parte I, Cap. II.

ceder más general, universal, o la que trata lo más concreto, particularizado?

Lo universal ha sido considerado como la expresión propiamente histórica, porque permite enfocar los procesos históricos con profundidad y extensión adecuadas. Opuesta afirmación ha sido expresada por quienes consideran que la única Historia posible es aquella que examina un hecho y lo presenta en su forma objetiva, concreta, sin añadir aspectos significativos a los datos positivamente considerados.

El enfoque histórico-universal ha sido adoptado particularmente desde el ángulo de los plantamientos culturales, sintetizando procesos y estimando hechos típicos de Europa. Pero la Historia Universal — se dice con certeza — es más que una realidad todavía una aspiración. Vista como un positivo conocimiento de la realidad humana, la Historia ha sido defendida por los historiógrafos como la concreta manifestación comprobable, minuciosa descripción de una realidad histórica dada. Mientras unos ponen el acento, pues, en una manera interpretativa, otros lo colocan en un modo más bien descriptivo.

En verdad, ambas tendencias extremas carecen de sentido cuando son dadas en forma separada y antagónica. Realmente, son complementarias. La modalidad ecuménica de la Historia, tiene a la modalidad local como su correlato. Hay perspectivas dentro de la cuales puede ser estudiada la Historia. Aunque todo no es historia, sin embargo todo es susceptible de tener historia, de ser visto como un proceso en el tiempo y en el espacio.

Puede considerarse un escalonamiento de posiciones históricas, de modalidades más o menos ordenadas cuyas representaciones encarnan en un historiar universal, continental, nacional, regional, ciudadano, institucional, bográfico. Cada una representa una instancia que por su amplitud resume cosas analizadas con minuciosidad. La Historia Universal es legítima cuando supone una objetiva síntesis de aspectos plurales; la Historia de hechos aislados, de visión metódicamente restringida tiene sentido en función de planos sintéticos más complejos.

Cuarta Parte

EL HISTORIADOR Y LA CRITICA

Esta parte trata con brevedad del factor activo y determinante representado por el Historiador —sujeto específico— y sus principales características. Se añaden las limitaciones inherentes a la actividad histórica, destacando la diferencias fundamentales de perspectiva histórica ante los sucesos, actitud adecuada que permite soslayar polémicas innecesarias. Y finalmente, el examen objetivo que determina el juicio crítico de las obras históricas más acá de la simpatía o antipatía individual.

Abordar el tema referente al historiador y a la crítica histórica, significa destacar aspectos dueños de una importancia fundamental para comprender el porqué y el cómo de la Historia.

VIII. EL HISTORIADOR

Sin documentos —testimonios de vida histórica— no hay posible Historia, pero sólo con documentos tampoco existe ésta. Para que haya Historia es necesario la presencia del hombre específico : el Historiador, cuya labor crítica haga patente su proceso, objetivando un disperso y latente contenido. Porque la multiplicidad de documentos constituyen trozos de un suceso, cuya primitiva unidad orgánica es susceptible de restablecer gracias al esfuerzo técnico del Historiador. Lo que una vez acaeció, debe ser redescubierto mediante su labor crítica.

Tradicional era historiar sin un previo adiestramiento. Bastaba poseer un profuso contacto documental, aunque se careciese de un indispensable conocimiento técnico. Contra esto reacciona una tendencia moderna que insiste en la preparación teórica del Historiador como instancia previa a todo trabajo, específico, necesario enunciado imperativo de la Historia como ciencia. Además, hay un imponderable que per-

mite el dominio de la materia tratada : la madurez personal, resultado de una intensa vida vivida y de una cultura de tipo humanista. Preparación técnica, información testimonial y madurez individual son notas, orgánicamente enlazadas, que diferencian al historiador del opinador. Tales caracteres permiten historiar utilizando, adecuadamente, la *analogía* para una mejor interpretación de la vida histórica. En consecuencia, si el Historiador se prepara de modo previo, su trabajo representará un conocimiento histórico auténtico; en caso contrario, representará solamente una opinión histórica, visión inobjetiva de la existencia humana.

Principales deficiencias que es necesario soslayar en el historiador y que florecen en el opinador serían : el anacronismo, la banalidad, la ingenuidad y la ofuscación.

Es harto común tratar los acontecimientos sin una íntima compenetración, sin estar previamente anegados de aquella cotidiana vida pretérita. Hay un enfoque presentista e inadecuado, es decir anacrónico de sucesos pasados. Aparece entonces una marcada deficiencia intuitiva y, como su natural contrapeso, el predominio de explicaciones erróneas, disfrazadas con el brillo literario o la frase de tosca gradilocuencia o el sofisma de aparente lógica.

Otro negativo aspecto está constituido por aquella chilona precipitación que empuja a trabajar bajo la epidérmica influencia de un fugaz contacto con las fuentes, obedeciendo a reacciones psicológicas momentáneas. Esta manera banal de actuar es nociva y determina resultados inimportantes.

La limitación personal, cierta miopía espiritual es también dañino factor. Porque es en la cotidiana experiencia vivida donde se forja la capacidad de comprensión para penetrar en el secreto de hechos análogos y evocar y discurrir rectamente sobre acciones pretéritas, censurándolas o alabándolas con entremezclada oportunidad, inconfundible característica de toda legítima crítica histórica. Con ingenuidad personal es común caer en garráales errores historiológicos, enunciar interpretaciones inadecuadas, pese a que descriptivamente puede haberse desarrollado una minuciosa tarea.

Asimismo se tiende muchas veces a redactar una "historia dirigida", obra destinada a probar cierta tesis preconcebida a consecuencia de una determinada orientación prag-

mática. Por ejemplo, la investigación histórica organizada para justificar un determinado régimen político. Pero la indagación científica de la Historia está más acá de "orientaciones prácticas", no pueda ser falseada por prejuicios básicos, sino que deberá desarrollarse según el material que se posee y en la forma que el contenido, críticamente tratado, vaya mostrando. Esto no significa que la Historia carezca de aplicación, no sirva "para algo". Sin embargo, primero se realizará la investigación escueta. Concluida la obra histórica, cabe hacer de ella un variadísimo empleo. Así, el trabajo histórico puede servir para educar cívicamente a la juventud, para afianzar la vida colectiva de un pueblo vacilante, para el mutuo conocimiento internacional y afianzamiento de la paz etc. etc., pero todo esto a posteriori cuando el trabajo hubiere sido ya realizado con objetividad. Los fines artificiales predeterminados conducen a la ofuscación, corrosivo mal que se opone al desarrollo y progreso de toda auténtica Historia.

Contra estos peligros hay que esgrimir el previo adiestramiento del Historiador, lo que impedirá un autodesconocimiento de su misión. Significa esto que en lugar de girar la Historia alrededor del documento, gire en torno al hombre específico que es el Historiador. Se invierte el proceso crítico, sin renunciar al valor objetivo de su conocimiento. La verdad histórica saldrá no de algo aislado, sino de una pluralidad de documentos, técnicamente tratados por el Historiador, quien descubre la verdad de lo acaecido.

IX. LIMITACIONES DEL HISTORIAR

Entendida como una específica disciplina antropológica, la Historia presente naturales limitaciones. Aquí serán indicadas algunas ostensibles.

Desde un punto de vista fundamental, el historiar está circunscrito tanto al material antropológico, cuanto a la genérica actividad del hombre. Describir, comprender e interpretar fenómenos originados por éste, constituye la misión fundamental del historiador. Por esto, cuando se enuncia un "historiar" aplicado a campos no-antropológicos, a fenómenos naturales,

el concepto "historia" o es usado en sentido translativo o se confunde su significación con el de "cronología" —disciplina subordinada.

Sin embargo, hay que recalcar cómo, a pesar de su limitación metódica, cabe hacer historia de la actividad humana en todo campo posible, porque aquí no se trata ya de la materia como base de división, sino de la actividad humana misma, aplicada sobre cualquier posible estrato material. Por ejemplo, de la Revolución Francesa hay una historia, pero no así de las plantas. Aquél fenómeno es originado por la actividad del hombre, en consecuencia es interiorizable, es decir comprensible; mientras éste fenómeno —concerniente a las plantas— representa hechos no generados por el hombre, en consecuencia es ininteriorizable, es decir incomprensible —aunque explicable. Por otra parte, tal afirmación no supone la inexistencia de la Botánica o sea el conocimiento de las plantas, porque este hecho supone un esfuerzo de hombres dedicados a su estudio. Sobre las plantas en sí consideradas sólo cabe una ordenación cronológica, que muchas veces a recibido una caprichosa denominación de "historia" (22). Es diferente, pues, enunciar una ordenación cronológica de las plantas e historiar el conocimiento de éstas —que implica un examen de la actividad humana.

Otra limitación del historiar está representado por su metódica restricción a los acontecimientos pretéritos, ya realizados. Los hechos pasados son *necesarios*, tienen presencia apodíctica, es decir indudable objetivación. En cambio los hechos presentes son *reales*, tienen presencia asertórica, cabe decir normal objetivación disminuída por influjos cotidianos existentes, por insoslayables impedimentos técnicos y por "razones de Estado". El historiar sucesos presentes es en verdad mera Crónica, cargada de prejuicios originados en la carencia de una necesaria perspectiva temporal objetivante. Por último, los hechos futuros carecen de validez objetiva, son meramente *posibles*, su enunciación se efectúa a base de analogías y deducciones de una experiencia histórica pasada, es decir que tales afirmaciones se caracterizan por una dudable objetivación. Hay pues un gradual debilitamiento objetivo de los sucesos *realizados*, *realizándose* y por *realizarse*. Todo

(22) v. XII : Cronología y Geografía.

historiar auténtico se apoya de manera fundamental en el acontecimiento pretérito, apodícticamente objetivado, gracias a su indudable realización.

Existe además una limitación que podría calificarse de funcional. Si la reconstrucción de los acontecimientos históricos propiamente dichos ha de ser objetiva, debe ejecutarse con ayuda de la imaginación reproductora (23), cuyo auxilio permite redescubrir la orgánica individualidad del acontecimiento, pasado a base de datos empíricamente depurados. Aquí se hace patente la diferencia entre una historia ornamental, bella pero falsa, efectuada mediante una reconstrucción imaginativo-creadora, y una historia sencilla, severa pero auténtica, elaborada a base de una reconstrucción imaginativo-reproductora —que no excluye, sino necesita de una adecuada expresión literaria.

X. PERSPECTIVISMO HISTORICO

Una de las situaciones que mayores obstáculos crea al progreso del conocimiento histórico, corresponde al aspecto hermenéutico —dependiente de la esfera historiológica.

La inobservancia de los pasos metódicos que debe cumplir la Historia, da origen a espejismos interpretativos o para-logismos históricos y a interpretaciones prejuiciosas o sofismas de análoga índole. Queda entonces planteada la interrogante : ¿desde qué punto de vista, con qué perspectiva debe interpretarse el acontecimiento histórico?

Existe una posición objetiva y otra subjetiva, auténtica y errónea respectivamente. La diferencia es saltante entre ambas. La interpretación objetiva enjuicia el acontecimiento histórico según los datos concretos que posee, mientras la subjetiva pone enunciados caprichosos y exhibe una típica heterogeneidad entre la narración y la interpretación de la vida histórica.

Ahora bien, sucede que la posición objetiva puede también inducir a error sino se adoptan precauciones necesarias. Una interpretación objetiva es susceptible de expresar equí-

(23) Esto diferencia la literatura histórica de la historia.

vocos, es decir presentar dos o más sentidos y originar polémicas desorientadoras por carencia de precisión enunciativa.

Todo hecho histórico ostenta caracteres genéricos, provenientes de la época en que se desarrolló. Recaltar esto es básico para una recta interpretación significativa. Se constata entonces la conciente finalidad buscada por el hombre u hombres que dirigieron aquellos acontecimientos, y se llega a expresar su auténtico sentido.

Como en toda época histórica, existe una limitación circunstancial y, a la vez, una tendencia a rebasar esa restricción, hay que señalar el carácter fundamental del acontecimiento y el solidario aspecto funcional proveniente de la época a la que perteneció. Y al lado de la existencia patente de aquel hecho histórico orgánico, hay una realidad latente, desarrollable e ignorada en su presente concreto.

El mismo acontecimiento visto desde la perspectiva del conocimiento histórico, por ejemplo nacional, descubre una continuidad en su proceso que la hace precursora de hechos heterogéneos, disímiles a su finalidad originaria. Contemplando desde este atalaya se descubre una fisonomía genérica justa, pero inadecuada si se le quiere aplicar propósitos del lapso en que el acontecimiento originariamente se realizó. En el conocimiento histórico de otra perspectiva se hace patente lo que en el acontecimiento restringido estaba latente. Y puede inducir a error señalar como carácter conciente del suceso histórico, algo que éste en su momento lo ignoró, aunque bien pudo representarlo de manera implícita. Desde el presente, el historiador descubre caracteres inéditos para los actores de aquellos acontecimientos, vistos ahora con claridad por el historiador. Interesa a éste saber interpretar el sentido de cada hecho histórico y desentrañar su significado en la doble dimensión de la época y del proceso histórico, es decir combatir el equívoco y desembocar en una enunciación interpretativa de carácter unívoco.

Por ejemplo, en nuestro siglo XVIII la rebelión del cacique Túpac Amaru representa un movimiento de protesta social, de renovación y respeto a la ley colonial burlada por los Corregidores y otros funcionarios virreinales. En el año 1780 América hispánica ignora casi la independencia estadounidense y aún carece de presencia histórica la revolución francesa. El criollo en el Perú es o monárquico-absolutista ultra-

montano o monárquico-absolutista ilustrado, progresista. El pueblo no posee todavía de dimensión política. Sin embargo, la moderna crítica histórica encuentra en la rebelión del cacique Túpac Amaru matices y aspectos latentes que le permiten calificarlo como un movimiento precursor de la futura emancipación política —sentido colmado en la independencia— y de la futura emancipación social. De modo que el movimiento cusqueño de 1780, sin proponerse en su momento una finalidad emancipadora política, ostenta sin embargo caracteres latentes de separatismo en el proceso histórico peruano y trae un mensaje de incitación social contemporánea. La rebelión de Túpac Amaru perseguía la justicia social y el restablecimiento del respeto a la ley colonial. Esa en su finalidad fundamental. Pero el conocimiento histórico presente, descubre en esa búsqueda de justicia social un elemento precursor autoignorado de emancipación política y recalca su incitación al logro de la justicia social en el Perú moderno.

XI. CRITICA DE LAS OBRAS HISTORICAS

La valoración de las obras impresas, pueden referirse a útiles ediciones de mera reproducción documental o a trabajos históricos propiamente dichos, de elaboración crítica.

Los de reproducción documental se valorizan por su fidelidad. Enriquécense con anotaciones aclaratorias y coordinantes, además de la introducción o estudio erudito preliminar, que muchas veces constituye un ensayo desglosable. Las reediciones son calificadas en forma análoga.

Pero el asunto importante lo constituye la crítica del trabajo propiamente histórico, cuya efectuación significa haber cumplido con los requisitos historiográficos e historiológicos necesarios.

Es ya tradicional enjuiciar las obras de los historiadores por críticos que adoptan una determinada y parcial perspectiva. Unos, califican la obra histórica ateniéndose a las fuentes utilizadas, previo cotejo de sus textos y verificación de su correcto uso; otros, por la eficiencia o deficiencia de la capacidad narrativo-histórica, sin vacíos ni equívocos; algunos, según la mayor o menor adecuación interpretativa; y muchos, ateniéndose a su mero valor literario. En realidad, todos tie-

nen una parte de razón, pero ninguno realiza una crítica auténtica. Si la obra histórica es de compleja elaboración, cabe exigir una calificación global, consecuencia de una suma de criterios parciales que permitan obtener una visión total, no absolutamente exacta, pero sí más aproximada que la que pueda obtenerse de manera tradicional.

La enunciación de las fuentes utilizadas y la narración historiográfica están íntimamente vinculadas. La descripción permite verificar el correcto o erróneo uso heurístico, representando el aspecto necesario pero no suficiente de la Historia. Prima aquí un criterio *historiográfico*, al que puede asignársele un valor cuantitativo convencional. Otro criterio importante de valoración crítica se aplica, teniendo en cuenta la bondad interpretativa del trabajo histórico. Muchas veces puede invalidarse los mejores esfuerzos descriptivos por la inclusión de juicios antojadizos u originados en prejuicios ideológicos. Este criterio *historiológico* también recibiría otro valor cuantitativo convencional en una escala común. Por último, la expresión literaria, aunque imprescindible, es de menor importancia específica. Tal criterio *literario* tendría asimismo una representación cuantitativa adecuada. La aplicación de esta escala global a todo examen crítico de obras históricas, permitiría obtener un resultado más justo que el criterio unilateral que todavía hoy predomina, serviría para enunciar un juicio imparcial de valoración crítico-histórica.

Quinta Parte

CIENCIAS AUXILIARES DE LA HISTORIA

Conciérne a esta parte el examen breve de disciplinas auxiliares y conexas que la Historia necesita, para lograr el conocimiento verdadero de lo acaecido.

Siendo la Arqueología en verdad una ciencia complementaria —historia monumental— metódicamente diferenciable, como propiamente auxiliares en forma inmediata aparecen la Cronología y la Geografía, unidas de manera íntima con los problemas del tiempo y del espacio, soportes de toda historia

concreta (24). De modo simultáneo cabe señalar una pluralidad de disciplinas conexas que colman el campo del conocimiento histórico. Sin esa plural colaboración, estaría el historiador casi impedido de cumplir un verdadero examen narrativo-interpretativo de la vida histórica.

XII. CRONOLOGIA Y GEOGRAFIA

Desde sus orígenes la Historia muestra constante vinculación con la Cronología y la Geografía. Mientras con ésta, su diferencia y relación estrecha es harto visible; con aquélla, surge muchas veces una especial confusión.

Por principio, el Tiempo es algo que en sí rebasa el ámbito de la Historia como disciplina antropológica y se relaciona en forma genérica con todo posible conocer. *Objetivamente* considerado "es" y se concreta mediante la Cronología, disciplina auxiliar de la Historia que ordena y mide la multiplicidad aparentemente caótica de los hechos importantes, es decir susceptibles del recuerdo colectivo. *Subjetivamente* el hombre posee una experiencia íntima del tiempo por medio de la vivencia de "duración". En forma concreta, la Cronología se convierte en metódico e imprescindible auxiliar del trabajo histórico, porque permite ordenar los hechos y mostrar su necesaria simultaneidad o sucesión orgánicas.

Como el arcaico concepto de la Historia —transida de naturalismo— la consideraba como una ciencia descriptiva, tanto de fenómenos humanos como no-antropológicos, pudo hablarse de una "historia natural" o narración de hechos acaecidos a la naturaleza. De manera teórica, sabido es que la historia está metódicamente limitada al hombre, a la vida humana, única que podemos interiorizar y comprender. En consecuencia, no puede enunciarse la existencia de una "historia natural", sino en sentido translaticio, porque la materia a que se refiere es no-antropológica y, por ende, escapa a toda posible comprensión. Ahora bien, es necesario recalcar cómo ocupando el hombre el centro del estudio histórico, su activi-

(24) v. IIa. parte, V, 2 : Metahistoria.

dad es comprensible en todo campo de aplicación, sea su materia humana o no-humana.

La confusión entre *historia* y *cronología* generase con ocasión del prejuicio naturalista que consideró sinónimas la significación de dichos conceptos, cuando ésta simplemente expresa lo típico e inesencial de aquélla. Por esto, cuando el geólogo habla de la "historia" de la cordillera de los Andes o de nuestros Auquénidos, no existe la finalidad de comprender tales fenómenos, sino la tendencia de ordenar su proceso más o menos confuso en el tiempo. No hay pues historia en ambos casos, sino mera cronología aplicada a la ordenación de fenómenos naturales, incomprensibles pero explicables. La Historia es algo más y diferente que la Cronología; aquélla utiliza a ésta como auxiliar, pero no sucede lo inverso. Sólo hay historia de lo humano; de lo no-antropológico únicamente cabe realizar una externa reseña cronológica en campos diversos.

Por otra parte, se distinguen dos matices en la cronología aplicada : una, específica, detallada y precisa, característica de lapsos humanos donde predomina el documento; otra, genérica, propia de etapa "prehistóricas" —quizá mejor, pre-documentales— donde el monumento constituye una fuente por excelencia para conocer la vida histórica. Aquí la cronología padece de típica vaguedad, ahora combatida por técnicas modernas que permiten una mayor precisión ordenadora en la simultaneidad o sucesión del proceso histórico. El matiz inicial concierne al historiador en sus diferentes modalidades y al arqueólogo; la segunda, predominantemente a éste, al historiador de la cultura y al iconógrafo.

Problema complementario y paralelo de la Historia es el concerniente al Espacio. Dejando al margen discusiones de índole específicamente filosófica y teniendo en cuenta las afirmaciones acerca de la objetividad y subjetividad de éste, es necesario adoptar la perspectiva concreta del historiar. Si nos interrogamos por la extensión, por el lugar donde se realizaron los acontecimientos, la Geografía aparece como otra imprescindible ciencia auxiliar de la Historia. Porque todo suceso acaece en una determinada extensión, la Geografía permite examinar el teatro de los sucesos y las diversas mutaciones territoriales del hecho en su transcurrir temporal. Tanto ésta como su derivada : la Toponimia, son disciplinas

funcionalmente antropológicas, dueñas de especial importancia para el historiador.

XIII. DISCIPLINAS CONEXAS

Aunque desde el punto de vista de la actividad del hombre la Historia se vincula con la totalidad del conocimiento humano, es decir está relacionado con toda posible zona cultural, posee un territorio genérico propio : el antropológico. (25). eDntro de este sector último aparecen disciplinas subordinadas pero imprescindibles, vinculadas con su tarea. Tiene pues la Historia una órbita propia, dentro de la cual giran esas necesarias disciplinas menores.

Con anterioridad se ha visto que la Arqueología constituye en verdad una mera historia monumental, cuyo propósito es el conocimiento de la vida histórica predocumental; y que la Cronología y la Geografía son ciencias auxiliares por antonomasia de la Historia. Ahora bien, es necesario recalcar el papel de ciertas disciplinas secundarias pero insoslayables para el cumplimiento de sus fines.

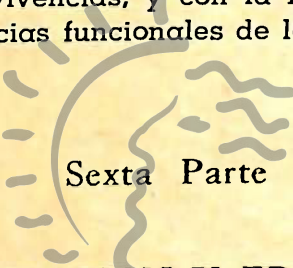
De inmediato nótase que la Historia documental necesita de una disciplina auxiliar orientada hacia la solución de problemas urgentes y genéricos de la escritura, representada por la Paleografía. Dentro de este campo exhibe sostenido interés por los documentos y las variadas formas oficiales usadas, a través de cada época, la Diplomática. La tarea cognoscitiva aparecería incompleta sin la participación de la Filología, tanto como estudio científico de la lengua cuanto de las manifestaciones espirituales expresadas por su intermedio y completadas mediante la comparación lingüística universal.

Pero la esfera de la indagación histórica supone, además, otros aspectos conexos representados por el estudio e interpretación de las inscripciones, característico de la Epigrafía; el examen de las monedas y medallas, efectuado por la Numismática; la descripción y explicación de los sellos que cumple la Sigilografía o Sfragística; el estudio de la línea fa-

(25) v. Ia. parte, II, : Heterognosis y Autognosis, pp. 11.

miliar ascendente o descendente a través del tiempo, propio de la Genealogía; el examen y aplicación de los escudos correspondientes a linajes, personas o ciudades que cumple la Heráldica o Blasón; la descripción y explicación significativa de los objetos, muebles e inmuebles, propia de la Iconografía, disciplina que de este modo se vincula directamente con la Arqueología. En cuanto a la Bibliografía, su papel está considerado ya en la parte inicial (26). Existe pues una zona propiamente histórica, cuya estructura debe ser globalmente examinada para lograr un auténtico trabajo cognoscitivo.

Entre las otras disciplinas genéricamente enlazadas —por pertenecer al campo antropológico— muestra la Historia particular vinculación con la Psicología comprensiva, que permite interpretar las vivencias, y con la Etnología o la Sociología en cuanto ciencias funcionales de la cultura.



Sexta Parte

CONCLUSION Y EPILOGO

Biblioteca de Letras

XIV. LA HISTORIA COMO CIENCIA ANTROPOLOGICA

La Historia es una ciencia, porque persigue el conocimiento positivo de fenómenos, es decir un saber objetivamente válido. Posee un principio y un método. Su materia muestra *constantes*, que permiten al historiador prever —no profetizar. Por hábito se le ha negado, algunas veces, su carácter de ciencia. No tiene el perfil característico, tradicional de la heterognosis, sino el complementario y renovado de la autognosis. Por eso, la Historia aparece, de inmediato, como una ciencia antropológica.

Su estructura está constituida por dos partes correlativas : una descriptiva o historiográfica, donde se enuncia el cómo de la vida histórica; y otra interpretativa o historioló-

(26) v. IIa. parte, IV, 1 : Heurística, pp. 21.

gica, enunciativa del qué, de su correspondiente significado. Su interés fundamental está orientado hacia el estudio de los acontecimientos o hechos univaliosos de la vida histórica, cabe decir limitada a los fenómenos humanos y a la actividad del hombre, pero en todo posible campo.

En sí misma considerada, la Historia descubre un determinado proceso evolutivo, posee también su historia, aunque muestra desde un aspecto concreto tendencias suprahistóricas que rebasan su ámbito positivo, incitación natural de toda disciplina que evita caer en un ingenuo cientifismo dogmático.

Aunque existen diversas modalidades históricas, está guardada su fundamental unidad, y cumple sus fines con ayuda de disciplinas auxiliares. En su objetivación auténtica, cobra especial importancia la preparación teórica, práctica y mundana del historiador —diferente del opinador— en función de una permanente actitud crítica.

Teniendo en cuenta lo precedente y más acá de toda pretensión dogmática ¿podría definirse a la Historia como una ciencia antropológica que describe, comprende e interpreta el sentido de los acontecimientos humanos?

XV. A MANERA DE EPILOGO

Inicial aplicación a la hermenéutica de problemas históricos del hombre actual, será un tema cuyo título cabría denominar : *Consecuencias históricas de la unilateralidad científica.*

En el mundo contemporáneo occidental y pueblos epígonos —círculo de cultura europeo— es notoria la diferencia actual entre el extraordinario poder externo del hombre y su débil poder interior. ¿Cuál es la razón de este acusado desnivel óptico?

Podría enunciarse, quizá, algunas interrogaciones, cuyas iniciales respuestas ayuden a descubrir una futura contestación adecuada, dentro de una constante actitud crítica.

¿Se debe a una decadencia de nuestra raza humana, gastada por un incesante y muy acelerado devenir histórico?

Esta posición, razonable a primera vista, es más bien que una razón genérica, una global impresión subjetiva de típica

perspectiva europea. Con la creciente declinación del imperialismo continental de Europa, de su dominio colonial, y las quebrantadoras guerras que ha sufrido en este siglo, brota una pesimista concepción histórica del hombre hasta ayer dominador omnímodo, al conjuro de ese su debilitación colonial contemporánea. No muestra pues, aquel enunciado pesimismo una razonable base objetiva. Aparte de esta pregunta y su breve refutación esbozada, necesario es invitar a un replantamiento metódico.

¿Es consecuencia de doctrinas sociales que han ido en contra de una manera antigua de formación personal y vida colectiva, consideradas a base de autoesfuerzo?

Esta pudo ser una interrogación desde otra circunstancia histórica. Actualmente aparece como efectista y arcaica y representa desconocimiento de la vida funcional del hombre, sumergido siempre en concretas estructuras suprapersonales. Porque la autarquía individual es un recurso de hombres desamparados en una sociedad liberal e individualista; el sentido social contemporáneo corresponde a otra forma de vida, y dentro de esta nueva situación hay generaciones ya conformadas de manera distinta. También corresponde invitar a una remeditación de tal pregunta y contestación.

¿Es consecuencia de un debilitamiento de la vivencia de ciertos valores, al conjuro de una creciente mecanización cotidiana?

«Jorge Puccinelli Converso»

Tal plantamiento —me parece— pone lo secundario como fundamental en la calificación humana, necesitada siempre de dispositivos auxiliares mecánicos para un total desarrollo de su compleja personalidad y un progresivo apartamiento de la explotación física del hombre mismo. Cabe aquí interrogarse, además, si el incremento de la situación opuesta no deriva también hacia consecuencias negativas.

Paréceme, en general, que las variadas respuestas a la interrogación inicial nacen de un cuestionable plantamiento, cargado de factores arcaizantes.

Para contestar a la interrogación inicial, me permito recordar que cada época histórica tiene una *predominante vivencia* axiológica, típica de cada lapso histórico determinado. Por ejemplo, Grecia muestra el predominio de la valoración estética; la Edad Media, el de la valoración religiosa. Dentro de esta perspectiva, podría considerarse que lo que

caracteriza la compleja vida contemporánea nuestra es el predominio de la vivencia de Verdad, del conocimiento positivo —verificable— de fenómenos, dentro de una actitud de máxima objetividad posible.

Las consecuencias prácticas de la Ciencia aplicada al conocimiento de los fenómenos naturales —que acaecen en el mundo exterior— trájole un prestigio omnímodo. En función del principio de Casualidad —principio que sería, en sí mismo, punto de partida de otra futura ponencia—, se llegó a considerar al parcial concepto de *ciencia natural* como equivalente del genérico de *ciencia*. Aquí se tomaba, en realidad, la parte por el todo. Esta situación histórica podría ser explicada recordando que, tanto en lo individual como en lo colectivo, tiene el hombre primero un conocimiento de lo que no es él y después, en una posterior etapa de maduración, se interesa por conocer lo propio, etapa de autoconocimiento individual o social. También el hecho del rigor metódico y continuidad cronológica de la *Ciencia natural*, puede explicar su prestigio inicial arrollador y su persistencia, con un cariz de aferramiento.

Para la imperante ciencia naturalista conforme avanzó y parecía dominar ya en absoluto, fue dejando ver oquedades e insuficiencias. Descubrióse que no era ni con mucho un pretendido conocimiento total, sino únicamente el correspondiente a la zona de la heterognosis. Comenzó entonces a brotar e incrementarse una lenta actividad científica aplicada al campo de los fenómenos privativos del hombre, genuinamente humanos. Al comienzo de esta novísima situación, hubo de verificarse un traslado del *principio* y del *método* naturalista al nuevo campo cognoscitivo floreciendo, en consecuencia, un naturalismo antropológico. Pero como se trataba del *conocimiento*, —conocimiento del hombre—, es decir de una actividad donde la materia de éste influye necesariamente exigiendo el uso de factores teoréticos apropiados, apareció una lógica crisis. El conocimiento naturalista tiene elementos teoréticos propios. Al ser éstos prestados para un conocimiento naturalista no ya de fenómenos naturales sino humanos, a poco surgían obstáculos insoslayables nacidos de esta transitoria situación. Aparece, entonces, la apodíctica necesidad de aplicar otro adecuado *principio* para el conocimiento de los fenómenos humanos : el principio Teleológico o Finalista

—cuya exposición, contrapuesta al de Casualidad, sería materia de una exposición distinta. Era la zona, inexplorada casi, del conocimiento del hombre, la zona de la autognosis.

De paso recordemos que los fenómenos antropológicos están caracterizados por mostrar una constante finalidad, una meta por alcanzar, en una palabra son prospectivos —salvo excepciones de anormalidad. Pero la grandeza y la limitación del principio de finalidad está, asimismo, en que no puede ser aplicado sino al exclusivo campo del hombre. Este sólo puede conocer sus propias finalidades, en función del método de la Comprensión —método de validez objetiva, como también podría ser demostrado en ocasión distinta. Aquí el conocimiento —antropológico— brota del proceso de *observar, experimentar y verificar, comprender y explicar*. Lo que significa que existe una insoslayable interiorización —autognosis— que, por principio, está negada al conocimiento de los fenómenos naturales —heterognosis. El auténtico conocimiento de lo humano depende, pues, de este sencillo artificio, es decir que el conocimiento del mundo físico —naturalista— es más simple que el conocimiento antropológico, pues en aquél basta con *observar, experimentar y verificar* y explicar. Sin embargo hay que añadir que, ya en una meditación genérica acerca del hombre y su total actividad, el conocimiento naturalista tiene, a su vez, innegable importancia para elevar el nivel espiritual del hombre. Hay que diferenciar entre el diferente plantamiento metódico de las actitudes cognoscitivas naturalista y antropológica, su desarrollo y repercusión actual, y una meditación sobre las consecuencias humanas de la ciencia en el hombre íntegro, visto como una totalidad indivisa. Se trata de una meditación de un grado superior que subsume al anterior, preparatorio y de rango menor.

Ahora bien, paréceme que el actual desnivel que se descubre entre el poder externo del hombre y su acusada debilidad interior, entre su madurez cognoscitiva externa y su relativa madurez inmadurez cognoscitiva interna es, en parte, una consecuencia de haber predominado la ciencia naturalista —heterognosis— y haber existido una miopía cognoscitiva de lo antropológico —autognosis.

Urgente problema contemporáneo nuestro es lograr una nivelación de ambos campos de conocimiento, mediante un

circunstancial incremento de la ciencia antropológica. Imperativo de nuestra época es —y debe ser— un vigoroso incremento del conocimiento del hombre, con ritmo tal que logre acortar distancias, descontando velozmente ventajas amplias de la ciencia que estudia los fenómenos naturales. Todo mantenimiento de un imperante ritmo arcaico —omnímodo de la heterognosis— terminaría por empujarnos al suicidio colectivo, por el sinsentido que representa el dominio exagerado de la ciencia naturalista con excesivo detrimento de la ciencia antropológica.

En el fondo se trata de arribar a una futura situación, donde sea inexistente la exagerada unilateralidad. Ni el predominio excesivo de la heterognosis ni el de la autognosis, sino el equilibrio entre el conocimiento de lo que el hombre es y de lo que no es el hombre. Esto permitirá el ansiado reencuentro en madurez y la salvación de la cultura. Constituye el conocimiento auténtico de fenómenos correlativos que atañen al hombre, es decir que lo que él es y su contorno, considerándolo en una constante estructura vital genérica. Tal equilibrio positivo constituye urgente necesidad, porque la unilateralidad científica es siempre peligrosa y destructiva precisamente para los positivos fines culturales a que la Ciencia, en última instancia, ha de subordinarse siempre.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»